

Antes que dirigirse a lectores, el poeta no sólo procura decirse algo, sino construirse ante sí mismo con la palabra —si cabe expresarlo así—; por eso el lenguaje en él se alejará mucho de los significados comunes. A menudo la auténtica poesía presenta resistencia al lector. Hasta brotan en ella nuevos vocablos; así, el que nomina las agrupaciones básicas de "Los Despojos del Sol", de David Rosenmann Taub, obra aparecida recientemente con el sello "esteeste" (Argentina), en su "Ananda Primera". El vocablo irá revelando su sentido ordenador con la anunciada publicación de la "Ananda Segunda".

¿La naturaleza, la actividad, los acontecimientos o la mera conciencia crean la realidad de la persona en toda su singularidad? En los hechos de la vida, en nuestros actos, en los sucesos que nos afectan, en el mundo exterior, ¿nos reconocemos, o acaso nos sirven para "ser"? ¿O acaso logramos esa singularidad sólo mediante la íntima, profunda percepción de nosotros mismos?

A mi parecer, entre tales interrogantes maduran las vivencias del "Diario de un Guijarro" y de otros poemas del libro, expresión de un dramático divorcio en el hombre entre la conciencia de sí mismo y su existencia.

Sin duda, se es persona en cuanto se tiene conciencia de sí; pero el entregarse uno a existir es como perder esta conciencia: es decir, al darse a los actos y reacciones habituales. Resultado paradójico: no se es persona en cuanto se existe. Si se percibe uno en puro acto de conciencia, se aprehende hecho casi de vacío. ¿Qué es este vacío? ¿Dónde está la realidad de uno mismo? Desde otro punto de vista, no es posible el

conocimiento pleno de sí: se vive aprisionado irremisiblemente en la existencia o en la conciencia, mundos in comunicables.

"Salí, por fidelidad. ¿A quién?", dice el poema I. Uno sale para existir y demostrarse su propia existencia —digámoslo así—, para encontrarse consigo mismo; pero no se encuentra, ya que deja de percibirse, de reconocerse en los actos comunes. Esto equivale, por otra parte, a no haber salido, a no haber existido plenamente, ya que la existencia plena requiere la conciencia:

"Palpame, abríme, ahora, cerrarme, con diáfano sigilo (si no, ¿qué pasaría?), estrechando la gavilla que me purifica desde que sé que no existo".

Esto significa, a su vez, negar el movimiento o demostrar su ineficacia: "Inmóvil, capturé la esquina donde gira el Emporio de Todo".

Tampoco la naturaleza alimenta la realidad de la persona. "Convoqué alamedas para servirmelas". Pero las alamedas "dormitan deseadas". No se disfrutan. No nos reflejamos en el espejo, sino el espejo se refleja en nosotros. El espejo vacante no refleja nada; a lo sumo, "casi reteja", y "apenas", "la forma de lo informe" (Poema III). Si queremos servirnos de la naturaleza, ella se sirve de nosotros; si queremos asimilarnos, ella misma nos devora. Así, dice de las achicorias el comensal, en el poema "Manjar":

Dan comienzo a la voracidad: gozan su modo de asumir mi saliva.

No nos pertenece el cuerpo: hombros, párpados, manos; ni los retratos nos representan; son horizontes

## Alberto Rubio comenta a David Rosenmann Los Despojos del Sol

imposibles de asir, "torrenciales", "codiciosos" de nosotros mismos; que nos sorbieran y desprendieran de nuestra propia identidad (Poema VIII). La Divinidad no se halla fuera del encierro en que nos debatimos. Dios no está más allá, sino aquí, "entre el ropero y la cama" (Poema VII). Guardamos identidad con él antes que semejanza. Impone silencio y es el silencio. No nos presta ayuda para conocernos. Conocernos resulta más difícil que conocer a Dios.

Poseer es alejarse uno; es asentar la abeja el aguijón "a tomar sed"; es el morir comprendiendo, y, por fin, el ceder a ese curso natural de desprendimiento aún del terco afán de permanencia representado por la abuela insistente con su almuerzo "que se enfría", en el poema "La Posesión", cuyo misterioso hechizo rezuma esencias del Sermón de la Montaña.

Atrevidísima la visión del universo en "Rito". El cosmos vagabundea "desvenecado", pero como en pañales, "alhorre aún", sin ni siquiera enterarse de su propia orfandad y fragilidad, a oscuras y en busca de más tiniebla, como si su más alto grado de evolución fuera el buscar la conciencia del hombre aturdidamente, intuyendo que sólo en ella, única

luz, podrá alcanzar sentido su viaje. Gracias al contacto corese "yo" del poema, surgirá triunfante la belleza. Acto ritual, rítmico del cosmos en pos de su madurez "de estiércol", pero madurez al fin:

Frágil, ilusionado,  
sobre su bósforo de tropezones  
mustios, alhorre aún, desvenecado,  
sin ni siquiera oír getsemaní,  
ciego tras más ceguera,  
el lerdo, carromato estrepitoso  
de las constelaciones  
preguntará en la casa venidera  
confundido, por mí:  
¡Maduro estiércol para siempre hermosol

Releemos alguna página de Jean Rostand, el biólogo. La vida habría aparecido quizá sólo en este planeta, y la conciencia sólo en el hombre. Puro azar. La conciencia humana, única luz del universo: el concebirla resalta espeluznantemente nuestro sentimiento de orfandad y aislamiento. "Yo no vería nada de imposible el que nuestro mundo tuviera el trágico privilegio del cerebro humano y que él fuera el único lugar del universo en donde el ciego juego de las moléculas hubiera terminado en reflexión y tormento". (1).

Con el paso de los años cobra mayor relieve en uno el apreciar la conciencia como verdadero refugio en la vida —pese a esa sensación de aislamiento que pueda provocar— actitud que debió de tener su origen en Jesús de Galilea. Dicen las estrofas finales de un poema de Luis Cernuda, "Tarde Oscura":

Por estos suburbios  
sórdidos, sin norte  
vas, como el destino  
inútil del hombre.

Y en el pensamiento,  
luz o fe ahora  
buscas, mientras vences  
afuera la sombra.

A nuestro parecer, David Rosenmann, en alucinante visión, con mucho de extraño humorismo, exalta la conciencia y la voluntad creadora en su poema transcrito y en otros del libro. Nos deja algo así como cósmicamente desolados, pero a la vez nos conforta con esa tranquilidad que sobreviene tras la presencia o la experiencia de un drama seguido del logro de una verdad.

Valdría la pena detenerse más en estos poemas. Quizás "El Eclesiastés", Pascal, el pensamiento existencialista, traería puntos de referencia y comparación. Y "El Cementerio Marino". De algún modo se siente que la fecha de Zenón que hiriera a Valery hiere también a Rosenmann.

Ojalá que esta versión breve de una experiencia en la más inmediata lectura de un libro exigente no violento demasiado a sus lectores ni a su propio autor. Quizás en estas líneas se interpreta o divaga más que se valoriza; pero conste, al menos, esa experiencia, frente a un notable texto de poesía recientemente aparecido, no dedicado a James Joyce,



David Rosenmann.

como se ha supuesto —dicho sea de paso— sino a una amiga del poeta. La solidaridad del oficio une al autor de este comentario con el autor del libro. Por eso, pero por mucho más: en aras de la vida de las letras en el país da este breve paso escrito, en vista de que la crítica literaria habitual ha guardado más bien silencio. Juzgo recomendable, no tanto reivindicar una atención que se merece el autor de los poemas, como que la atención sea puesta en él —en su libro— ya que le es debida.

(1) "El Hombre y la Vida". Fondo de Cultura Económica, 1960, pág. 46.

ALBERTO RUBIO.  
Santiago, julio, 1977.